

MI VIDA

BAÑO DE SANGRE EN

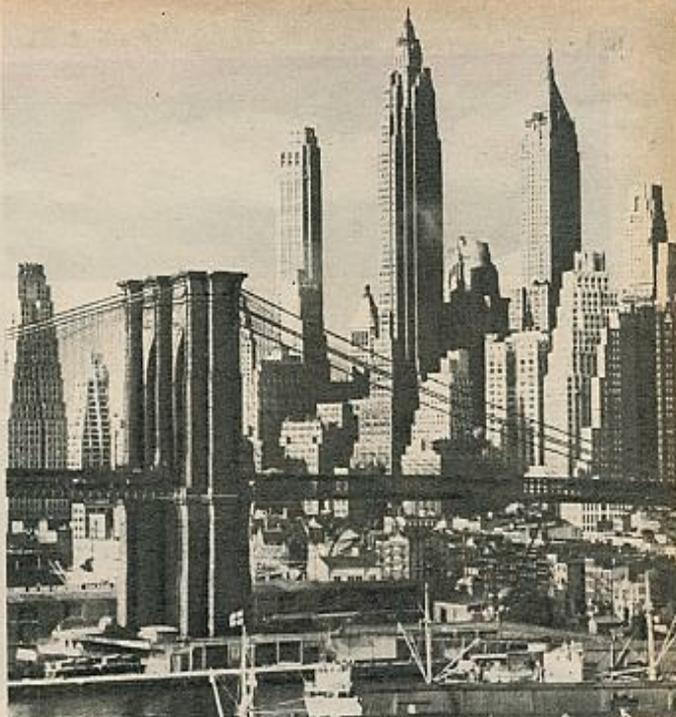


BROOKLYN

Sidney Slater

Sidney Slater, en otro tiempo brazo derecho de Joey Gallo, jefe de una banda en Brooklyn, concluye con este tercer artículo la más sensacional autobiografía escrita por un gangster. En los dos capítulos precedentes, Slater ha escrito, certera y sobriamente, la estructura de los bajos fondos neoyorquinos, dominados por bandas que controla la Mafia, enriqueciendo a sus jefes. A veces se enfrentan dos bandas —como la de Joe Profaci y la de Joey Gallo—, que rivalizan en el control de los negocios turbios de Brooklyn, no escatimando medios para aniquilarse. Pero Slater, al verse envuelto en los acontecimientos y ser encarcelado, tras largas dudas, accede a servir de informador a Paul Vitrano, capitán de Policía y antiguo conocido suyo.

**DURANTE
MESES ESTUVE
FACILITANDO
INFORMACION
A LA POLICIA Y LA
OFICINA
DEL FISCAL.
EL JUEGO ERA
PELIGROSO...**



AHORA sabía que Brooklyn se iba a anegar en un baño de sangre. Sería una guerra armada entre las bandas de Profaci y Gallo. Pero yo ya había soportado demasiadas violencias durante la guerra y no estaba dispuesto a verme mezclado en tiroteos personales. Decidí salir de aquel lío si había algún modo de hacerlo.

Durante una semana, mi estado mental no fue demasiado bueno. Pronto llegaría mi juicio y sabía que la ley me tenía cogido. Incluso me lo había dicho mi abogado. Y como «Pierre's» estaba vacío por las noches, me moría de soledad y aburrimiento. No ganaba lo bastante ni para comprar cien gramos de perfume. Fue entonces cuando sonó el teléfono y oí la voz del capitán Paul Vitrano. Había algo en aquella voz tranquila que me hizo decirme a mí mismo: «Aquí hay un hombre en el que puedo confiar».

Charlamos durante un rato y luego me dijo que le gustaría verme. Quedamos citados en el Central Park a la mañana siguiente. Comenzó diciéndome directamente que sabía se preparaba un baño de sangre y que tal vez yo me viera cogido en medio. Incluso si escapaba vivo, mi única salida era la cárcel durante varios años.

—Me gustaría que hablaras con el Inspector Jefe Ayudante, Ray Martin —dijo con voz suave—. Martin cree que puede ayudarte y está seguro de que tú puedes ayudarnos. Sid, todo depende de ti. No queremos forzarte.

Al día siguiente, me encontré con el Inspector Martin en la parrilla del Hotel Comodoro. Era un buen lugar para reunirnos: los miembros de la banda rarás veces frecuentan lugares tan co-

nocidos. Martin me dijo que arreglaría la acusación de coacción contra mí si colaboraba con él. Quería que siguiera trabajando para los Gallo, pero me exigía de que le informara de cuanto averiguara. Mantendría mi cooperación absolutamente secreta.

—Si las bandas de Profaci y Gallo se matan entre sí —dijo—, el Departamento de Policía no derramará demasiadas lágrimas. Pero si hay una batalla, puede haber bastantes víctimas inocentes. Esta es la razón de que necesitamos informes anticipados para cuando los Gallo planeen algo importante.

Todo lo que me dijo Martin era lógico. No tenía otra alternativa que seguir sus deseos. Así pues, nos dimos la mano y se cerró el trato. Me dio su número de teléfono, que no figura en la guía, y me dijo que utilizara el nombre clave de «Sam» cada vez que le llamara.

Le informé de todo lo que había ocurrido en los últimos años: del asesinato de Joe Jelly, de los que habían intentado matar a Larry Gallo y le dije que Sally D. había disparado sobre el policía. Contesté a sus preguntas relativas a otros cuatro o cinco crímenes. Como es lógico, poca de esta información servía ante un tribunal, pues cuando se trata de asesinato es necesaria una confesión o un testigo de vista. Pero era una información que el Inspector Martin deseaba y pensaba utilizar de una u otra forma.

Una vez más subrayó el hecho de que mi nombre se mantendría al margen de todo. Ambos sabíamos que si los Gallo tenían la más ligera sospecha de que yo estaba hablando, no duraría en este mundo más de diez minutos. **SIGUE**

Tuve que presentarme

NIU

NUVOLE®

la prenda de **NYLON** impermeable perfecta, creada por una "gran industria española" en un proceso completo de fabricación.

un disco llamado
NUVOLE®

Indiferente al tiempo,
con **NUVOLE®**
orgullo de España.





John Scimone, un gangster de la banda de Joe Profaci, de los que intervinieron en el asesinato de Joe Jelly, sufrió un atentado posterior, de graves consecuencias.

todos los días en el 51 de President Street y tener los oídos abiertos. Joey Gallo me encargó no sólo de cobrar el dinero de los operadores de las máquinas tragaperras, sino también de dos negocios de lotería. Aproximadamente cobraba mil dólares a la semana y Joey me dejaba unos 300. Como estábamos vigilados por la banda de Profaci, Joey nunca me enviaba solo, acompañándome siempre dos guardaespaldas armados, aunque nunca tropezamos con la banda rival. Nunca llevé pistola durante los años que trabajé para Gallo, a quien no agradaba que sus cobradores o vendedores la llevaran. Si los policías nos encontraban un arma nos meterían en la cárcel por violación de la ley Sullivan. Pero si no la llevábamos, no tendrían nada contra nosotros. A Joey le gustaba que sus hombres fueran «especialistas». Tenía sus corredores de apuestas, los matones que se encargaban de cumplir sus deseos, los guardaespaldas y los chóferes: pocas veces un hombre hacía dos trabajos distintos.

Una mañana, temprano, el Inspector Martin me llamó al hotel:

—¿Conoces a Joe Magnasco?

—Claro. Es uno de los pistoleros de Gallo.

—Fue alcanzado ayer por la tarde. Facilítame detalles.

Fui rápido a President Street, donde todos estaban alterados con la noticia. El ataque a Magnasco

formaba parte de la guerra entre los Profaci y los Gallo. Estos habían enviado a Magnasco y a otros cuatro pistoleros a territorio de los Profaci para raptar o matar a uno de sus capitanes. Era una de esas ideas que le venían de repente a Joey.

Los cinco gangsters habían tenido lo que parecía buena suerte. El hombre de Profaci estaba de pie ante un almacén de licores de la Cuarta Avenida. Avanzaron hacia él y entonces las cosas se torcieron. Otro de los pistoleros de Profaci estaba junto a una casa próxima al almacén de licores. Reconoció a los cinco hombres e inmediatamente abrió fuego. La primera bala mató a Magnasco. Los otros cuatro, en posición desventajosa, huyeron.

Aquella tarde informé a Martin. Para entonces las cosas iban mal en la ciudad. Me refiero a las loterías, las apuestas e incluso los operadores de máquinas tragaperras que temían verse envueltos en la lucha. Gran número de ellos se marchaban a Las Vegas, a Hot Springs, o cerraban el negocio temporalmente. Esto significaba que Joey Gallo andaba escaso de dinero. Por eso se había decidido al rapto.

A continuación decidió apoderarse de Ruby Stein, un importante «Shylock» mezclado con Profaci. Este hombre le permitiría exigir un rescate de un centenar de miles de dólares. Lo malo era

que Stein conocía a cada uno de los bandidos de Gallo y sería difícil acercarse a él, por lo que Joey llamó a California e importó dos pistoleros llamados Big Mike Rezzitello y Louis (el Zurdo) Castiglione. Pero como no conocían al tipo, fueron con uno de los muchachos para que condujera el coche y les indicara la presa.

Ruby acostumbraba a recibir a sus clientes en restaurantes caros y respetables. Aquella semana utilizaba «El borracho», en la calle 53 del Distrito Este, en Manhattan. Los dos pistoleros importados le siguieron hasta allí, pero la calle estaba llena de gente, por lo que decidieron aparcar el coche y apoderarse de él cuando salía del local. Al abandonarlo, le cogieron uno por cada lado y emprendieron la marcha hacia el coche. Ruby comenzó a gritar a pleno pulmón y la gente comenzó a salir del restaurante. Ruby seguía gritando y entonces lo arrojaron al suelo y corrieron al coche, justo antes de la llegada de dos policías.

Este era el tipo de información que daba al Inspector Martin. Por supuesto, éste quería coger de modo especial a Salvatore D'Ambrosio (Sally D.), que casi había matado al policía Blei. Pero no se le encontraba. Sally D. no sólo se escondía de la policía, sino también de los Gallo. Sin embargo, Martin detuvo a Pal-
ma Vitale, la amiga de **SIGUE**

**LA BANDA
DE PROFACI
INTENTO
ESTRANGULARME
EN EL LUJOSO
"COPACABANA",
EL CABARET
DE SAMMY DAVIS**

**NO ME HAGO
ILUSIONES:
HAN INTENTADO
MATARME
DOS VECES
Y SEGUIRAN
PERSIGUIENDOME.
AUNQUE
JOE PROFACI
HA MUERTO
Y JOEY GALLO
ESTA EN PRISION,
ME BUSCARAN
HASTA
VENGARSE**

Sally. La llevó ante un tribunal y la muchacha contó una mentira tras otra, siendo condenada por perjurio. Entonces, Sally D. hizo la mayor tontería de su vida: se puso en contacto con dos detectives que habían intervenido en la detención de su amante y les propuso un trato. Si empleaban su influencia para echar por tierra a que ella acusación, les daría 2.500 dólares. Es sabido que una vez que un jurado ha pronunciado un fallo, toda la fuerza de policía no puede alterarlo, pero Sally era demasiado tonto para saberlo. Los detectives accedieron y prepararon un encuentro. Sally D. les entregó el dinero e inmediatamente le detuvieron acusándole de intento de soborno. No lograron acusarle de asesinato pero, al menos, lo encerraron de tres a cinco años. Y cuando salga, el Fiscal le tiene reservada otra sorpresa.

Mientras seguían estas manobras, los Gallo coleccionaban sigilosamente un arsenal en el 51 de President Street. Tenían granadas de mano, rifles con silenciadores, pistolas y abundantes revólveres. Cuando lo informé, tanto el Inspector Martin como el capitán Vitrano se mostraron preocupados. Tal vez los Gallo se preparaban para un ataque abierto contra los Profaci y, por ello, Martin decidió hacer una redada en el cuartel general de los Gallo. Le indiqué que

todas las armas estaban en una habitación del segundo piso, en la que dormía Castiglione, el «Zurdo Orejas Grandes».

La tarde siguiente, los hombres de Martin rodearon el lugar. Descubrieron cuatro fusiles en la bodega, pero, por alguna razón, no encontraron la habitación cerrada que contenía el arsenal. Al día siguiente, los Gallo trasladaron las armas y no logré averiguar el nuevo escondite. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de disparos recientemente hechos en Brooklyn, todavía tienen esas armas.

Las cosas siguieron así, unos seis meses, sin que nadie sospechara de mí, aunque veía a Martin tres veces por semana y le facilité informes que le permitieron detener a alguno de los que buscaba o impedir una lucha.

Entre tanto, llegó el juicio de Joey Gallo por su intento de coacción. Por recomendación del Fiscal, los otros acusados seríamos juzgados separadamente. El jurado declaró culpable a Joey Gallo y ahora se encuentra cumpliendo una condena de siete a catorce años.

En aquel tiempo, Sammy Davis, hijo, abría el Copacabana, su famoso club nocturno de Nueva York, y llevé a Sandra a ver el espectáculo. Sammy era tan bueno que nos quedamos hasta el final de la representación. Cuando terminó y la mayor parte de los clientes se habían marchado, seguimos sentados a la mesa acabando las bebidas. Pagué la cuenta y me disponía a marcharme cuando un hombre se acercó a nuestra mesa. Le reconocí como a Jiggs Forlano. Antes de que Castro se apoderara de Cuba, Jiggs poseía parte del Tropicana, el casino de juego de La Habana. Ahora se había convertido en el mayor prestamista de Nueva York y era miembro de la banda de Profaci.

—Ven conmigo fuera. Quiero hablarte —me dijo.

—Sandra, quiero presentarte a Jiggs Forlano.

Que por lo menos la muchacha supiera su nombre, por si me ocurría algo.

—Jiggs, no voy a salir contigo, pero si quieres hablar siéntate aquí.

—Aquí, no. Ven a mi mesa.

Como un imbécil pedí a Sandra que me excusara un momento y me fui a su mesa, situada al otro lado de la pista de baile. Se sentó y me hizo señas de que ocupara un asiento.

No estaba demasiado preocupado. El «Copa» es un club nocturno bien dirigido y respetable, un lugar en el que no cabe esperar violencias. Pero aparecieron otros dos miembros de la banda de Profaci. Eran Carmine Persico y Dominick (Donny Shack) Montemarano. Este sacó una pistola del bolsillo y gruñó:

—No te muevas —y me puso la pistola en la espalda.

Los camareros estaban ocupados en amontonar sillas sobre las mesas, en tanto que los porteros fregaban el suelo. El lugar estaba casi vacío y nadie advirtió lo que sucedía.

Jiggs me preguntó:

—¿Dónde está Joey Gallo?

Respiré un poco.

—Lo han trasladado de las «Tumbas» a Sing Sing, Jiggs —contesté—. Lo sabes tan bien como yo.

—Hemos oído que ha salido hoy.

—Si hubiera salido, me habría enterado —le dije.

Comenzaba a tranquilizarme.

—¿Qué diablos estás haciendo en un club nocturno como éste?

—preguntó Jiggs sarcásticamente. Y antes de que pudiera responderle, adelantó su mano y pasó el dedo anular por delante de mi ojo derecho. No llevaba un anillo, sino lo que los hampones llaman gancho de periódico (cuando se entregan los periódicos a los quioscos en grandes montones, van atados por una cuerda recia y el vendedor utiliza esos pequeños ganchos afilados, unidos a un anillo, para cortar la cuerda). Jiggs había intentado rasgarme el ojo, pero instintivamente elevé la cabeza y el gancho me hizo un corte de cinco centímetros debajo del ojo. Cogí una servilleta y detuve la sangre que comenzaba a correr por la mejilla. Luego Persico se inclinó sobre mí, me cogió de la corbata y comenzó a ahogarme. En ese momento se acercó un camarero a la mesa y dijo en alta voz:

—Caballeros, ¿quieren alguna bebida? Vamos a cerrar dentro de unos minutos.

—Tienes suerte de encontrarte aquí dentro —dijo Jiggs.

Persico no dijo nada. Me levanté bastante agitado, hice un gesto a Sandra para que se uniera a mí y sujetando la servilleta debajo del ojo, salimos a la calle, donde llamamos a un taxi.

Dejé a Sandra en su hotel y marché al 51 de President Street para decir a los muchachos lo que había ocurrido.

—Medio centímetro más arriba y habrías perdido el ojo —dijo Larry Gallo alegremente.

Luego me reprendió por ir a un club nocturno sin alguno de los muchachos.

A la mañana siguiente llamé al Inspector Martin y le conté la historia. Me dijo que me quedara en el hotel. El capitán Vitrano me llamó más tarde y nos reunimos en un bar situado en la esquina de la Séptima Avenida y la calle 18. Le conté cuanto había ocurrido.

—Capitán, este informe tiene que morir aquí —le dije—. Si se extiende no vivirá veinticuatro horas.

—Lo sé. No te preocupes.

Dos días más tarde recibí una llamada del ayudante del Fiscal del Distrito, Paul Kelly, que se había encargado del juicio de Joey Gallo. Era el hombre que me había interrogado la noche en que me detuvieron en el puente. Esta vez me dio malas noticias.

—El Fiscal del Distrito, Frank Hogan, y su ayudante, Alfred Scotti, insisten en que tiene usted que declarar ante el jurado. Es la primera vez que tenemos una acusación concreta contra estos hombres. Podemos acusarlos de asalto premeditado y retirarlos de la circulación durante un par de años.

—Estupendo —dije sarcásticamente—. He hecho cuanto ustedes me han pedido y ahora, a cambio, quieren que firme mi sentencia de muerte.

—Nos cuidaremos de usted —me prometió Kelly.

Mientras sus policías guardianes no se se



Me agradaba Kelly. Era un hombre simpático, de unos treinta y cinco años, y sabía que sentía lo que decía. Pero también sabía que es imposible proteger siempre a un hombre. Sin embargo, no podía impedirlo.

—El capitán Vitano y el Inspector Martin han sido citados para comparecer ante el jurado, como testigos —dijo Kelly—. Tendrán que decir la verdad bajo juramento. Son sus amigos, Sid, e incluso han discutido en su nombre con mister Hogan y mister Scotti, pero tendrán que declarar.

Eso fue lo que ocurrió. El camarero declaró que había identificado a los tres hombres por las fotografías de los ficheros policíacos. Yo juré que nunca antes había visto a esos hombres, pero comprendí que el jurado no me creía e inmediatamente me acusaron de perjurio.

Volví a President Street y dije a Larry Gallo y a los muchachos lo que había sucedido. Me tuvieron por un héroe, al haberme atrevido a desafiar al jurado. Les dije que el ambiente resultaba demasiado «cálido» para mí. Ahora me perseguían los hombres de Profaci, por un lado, y la policía por otro... y que quería desaparecer de la ciudad durante algún tiempo. Accedieron, cogí a mi chica y nos marchamos a Arizona. Fue un mes estupendo, el último mes bueno que he tenido durante mucho tiempo.

Incidentalmente diré que fue también la última vez que vi a Sandra. Cuando regresé cambió su nombre artístico, buscó trabajo en otro sitio con una compañía que hacía una gira por provincias con obras musicales y abandonó la ciudad. No la culpo. El aire ardía a mi alrededor. Pero era una muñeca suave que apenas

pesaba 40 kilos, junto con el ejemplar de «Variety» que siempre llevaba en las manos, y muchas veces la echo de menos.

Por fin, mi abogado, Harold Farrell, me llamó y me dijo que volviera rápidamente a Nueva York, pues iba a ser juzgado.

—Sidney, no tienes elección —me dijo—. Si compareces ante el jurado y le dices la verdad, purgarás la acusación de perjurio. Si no lo haces, irás a la cárcel. Y si el Fiscal del Distrito lo desea, incluso puede resucitar la acusación de coacción y, entonces, pasarás encerrado una larga temporada.

Comprendí que tenía razón. Necesitaba decir la verdad, pasara lo que pasara. Es extraño que, una vez tomada esta decisión, me sentí mejor. Me presenté ante el jurado con una sensación casi de alivio. Hablé de los tres hombres en el «Copa» y Persico, Monte-

marano y Jiggs Forlano fueron condenados. Luego, el jurado quiso saber más de la acusación de coacción en el caso de Teddy Moss. Entonces conté toda la historia, comenzando con la visita de Hy Powell a «Pierre's» para decirnos que había encontrado un «primo» rico.

El jurado condenó inmediatamente a Hy Powell, a Mike Albergio —que desde que dejó a Moss se había convertido en un pistolero de Gallo—, a Al Schaeffer y a Tony Leone. Declaré contra ellos ante el tribunal y todos fueron hallados culpables. Esto destrozó a la banda de los Gallo. Ninguno de ellos había sospechado en algún momento que yo facilitaba información al Inspector Martin y a la oficina del Fiscal. Entonces fue cuando corrió la voz de que cualquiera que me quitara de en medio cobraría 60.000 dólares (algo más de tres millones y medio de pesetas).

Durante ese tiempo había trabajado estrechamente con la oficina del Fiscal y, por supuesto, con el capitán Paul Vitano. Antes los había considerado como enemigos. Ahora comprendo que tanto ellos como los demás detectives que me guardan son los mejores amigos que he tenido nunca. Estoy seguro de que hay muchos hombres, tanto en la banda de Profaci como en la de Gallo, que quieren salir de ellas, pero no se atreven a romper con sus actuales compinches. Sólo puedo aconsejarles que hagan lo mismo que yo he hecho. Hay 70 detectives en la oficina del Fiscal, además de los 25.000 policías regulares. Es todo un ejército.

En cuanto a mí, estoy orgulloso de que tanto mi información como mis declaraciones hayan enviado a dieciocho bandidos a la penitenciaría —algunos de ellos para cumplir largas condenas—. Pero no me hago ilusiones; incluso ahora que Joe Profaci ha muerto de cáncer y Joey Gallo está en la cárcel, sé que los muchachos armados de pistolas me buscan. Han intentado alcanzarme dos veces y lo intentarán de nuevo. Antes, esto me preocupaba, pero, después de año y medio, ha dejado de obsesionarme. He sido el responsable del encarcelamiento de todos esos hampones y la oficina del Fiscal cree que mi testimonio servirá para meter entre rejas a alguno más. Tal como ahora veo las cosas, suceda lo que suceda en el futuro, he pagado mi deuda y todo lo demás no tiene importancia.

SIDNEY SLATER

Texto recogido por QUENTIN REYNOLDS

Exclusiva Zardoya especial para TRIUNFO en Español. Fotos Camera Press

paran un momento de Sidney Slater, éste mira por la ventana del escondrijo secreto. Si saliera a la calle, viviría poco tiempo.

